

Al pie del tiempo

El Canal Trece:

alternativa o extravío

En el explicablemente multitudinario Décimo Congreso de la Confederación de Trabajadores de México, la Comisión de Relaciones Nacionales e Internacionales presentó una ponencia que expresa: 'Los trabajadores consideramos, asimismo, que es necesario contar con medios informativos propios, de circulación nacional y acceder a los medios de comunicación de masas, reencauzar a uno de los canales de televisión estatales, reglamentar el derecho social a la información...'



En el curso del debate sobre la reglamentación del derecho a la información, este pronunciamiento tiene un sentido inocultable.

Su texto fue aprobado por una asamblea de muchos miles de dirigentes obreros, representantes de hecho y de derecho —pese a quienes gustan de vivir fantasías— de los 3 millones 600 mil trabajadores afiliados a la CTM. Surge en medio de la contraofensiva del monopolio privado de la televisión, de las indescriptibles contradicciones de algunos miembros de la dirigencia política y del extravío práctico de ciertos instrumentos de difusión en manos del Estado.

La definición del congreso cetemista en favor de "reglamentar el derecho social a la información" es consecuente con los postulados del partido en el que milita la central obrera, con el texto y el espíritu de la exposición de motivos que precedió a la iniciativa de reformas que adicionó al artículo sexto constitucional; así como y con el dictamen formulado por el Congreso de la Unión sobre el mismo asunto. Esto es, se ajusta al rango social que tales documentos otorgan al derecho a la información al describirlo como garantía, no como presunta restricción a libertades y derechos.

Es de reconocer que aparte de la fuerza real y decisiva —no accesoria y circunstancial— que significa la CTM, sus dirigentes han mostrado en este asunto complejo, claridad mental y valor político. De cara a los medios de comunicación, mayoritariamente en manos de intereses oligárquicos, el movimiento obrero puede actuar con fidelidad a principios, gracias a que no ha padecido el espejismo dramático —es deseable que no resulte trágico— que ha obnubilado a buena parte de la clase política mexicana.

El espejismo de creer que el soborno y la corrupción podían ser el sustento de un trato perdurable entre prensa y poder público no caló en las filas del movimiento obrero. Quizá la mejor prueba de esta realidad es que se ha mantenido como blanco constante de ataques. Pero la mayor constancia de su acierto estratégico puede encontrarse en la campaña desestabilizadora de 1976, cuando la defensa de los intereses del gran capital se superpuso a cualquier componenda subterránea. Porque saben que sólo las reformas jurídicas y prácticas pueden dar al pueblo de México voz y participación dentro de lo que ahora es coto monopolístico, las organizaciones sindicales son particularmente explícitas, en favor de los cambios.

En materia jurídica, la posición de la CTM es vertical; pero posiblemente porque conoce la necesidad de vincular las medidas legales con las reales ha hecho hincapié en la conveniencia de disponer medios de difusión propios.

También en busca de soluciones prácticas advirtió la urgencia de reencauzar a uno de los canales estatales de TV. Cuando algo o alguien requiere ser reencauzado es porque ha desviado su camino y cambiado su meta. Es el caso específico del Canal 13 —el más fuerte de los instrumentos de comunicación en manos del Estado—, penosamente confundido por razones burocráticas y de otras, respecto a su razón de ser.

El señalamiento de la CTM recoge una opinión generalizada entre diversos sectores del país. En lo que va del sexenio los numerosos directores del Canal 13 han debido enfrentarse, cuando se presentan en público —de eso he sido testigo involuntario a cuestionamientos y réplicas sobre la orientación del medio. El argumento en contra es inobjetable: cada día es más copia (y nunca segundas partes fueron buenas) de la televisión comercial. Amplias capas de la población se sienten despojadas de algo que nació como alternativa, como un canal diferente al modelo desarrollado por los intereses mercantiles.

Cuando los actuales responsables del funcionamiento y la orientación del canal estatal se jactan de que pronto será autosuficiente desde el punto de vista financiero, el observador tiene la certidumbre de que van corriendo por el camino equivocado. Será autosuficiente ¿a costa de qué? Simple y difícil respuesta. A costa de haber puesto a disposición del gran capital nacional y extranjero un aparato de comunicación que costó al gobierno más de 5 mil millones de pesos, de los de antes. Con un agravante: la inversión fue justificada afirmando que se quería dar a la TV el carácter de servicio social, del que carecía, no que el Estado estaba empeñado en idear calcas para hacer buenos negocios.

En medio de las teorías más divulgadas de comunicación y de cara a las necesidades reales del pueblo de México en el campo de la educación y la cultura, la concepción de la TV estatal como negocio suena tan fuera de lógica, como si a alguien se le ocurriera de pronto que las escuelas públicas deben financiarse solas y alquilara instalaciones, personal, métodos y sistemas al mejor postor.

Un extravío de esta naturaleza conlleva cambios de línea ideológica. El enérgico reclamo del Congreso del Trabajo por el manejo informativo del canal —carta firmada por el diputado José Luis Andrade y Ramiro Ruiz Madero, el 14 de marzo pasado— sugiere vínculos entre el disgusto obrero y la posición cetemista. Registrado el hecho, he de afirmar que los pasos en favor de la completa comercialización del canal han llegado a límites excepcionalmente audaces, por calificarlos de alguna manera. Hace algunos días el noticiero estrella de la TV comercial transmitió como "mensaje", aparte del cuerpo noticioso, una información pagada por BANAMEX sobre una exposición pictórica en San Diego. Casi a la misma hora el noticiero de la TV estatal transmitió lo mismo, nada más que presentando el evento como noticia. No satisfecho con esto, elaboró un programa especial de media hora. Más papista, pues, que el Papa.

Un sábado de estos, Jorge Saldaña anunció el fin de su presencia en ese canal por falta de patrocinadores: explicó algo así como que las transnacionales lo habían boicoteado. La respuesta de un auditorio dispuesto a pagar pequeñas sumas mensuales porque le dejen ver y oír algo diferente en TV debe llenar de rubor a quienes han confundido servicio con ganancia.

En el curso de la discusión sobre la realidad informativa es necesario recordar que medios de comunicación en manos del Estado no puede indicar otra cosa que al servicio de la comunidad nacional; no al servicio del privilegio financiero o burocrático.

Socorro DIAZ

En Din
30- Abril
1980